

LIBRE COMO EL VIENTO

Una piedra vuela por el aire, sin alcanzar su objetivo: llegar al otro lado. Cae contra el suelo de la calle y rueda hasta pararse junto a unos pies. Un joven mira la piedra, moreno y nada taciturno. Acaba de lanzarla con todas sus fuerzas y ahora la vuelve a recoger. Libre como el Viento sonríe; ese es el nombre que le pusieron sus padres al nacer. Pero seamos claros. En el barrio donde vive Libre como el Viento no es nada fácil ser libre, o quizá sí, aunque el viento arrastre las hojas de los árboles, revolviéndolas en torbellinos multicolores; aunque el motor de las conciencias resista el empuje de un progreso tan poco integrador. Y es que los amos de la ciudad colocaron a su alrededor hace muchos años uno muro alto, liso, infranqueable, gris, vigilado, coronado de púas y cristales, para que nadie pudiera salir.

Mil veces intentó Libre como el Viento escalar el muro, o agrandar algunas de las grietas que lo recorren, pero nunca lo consiguió, llenándose las manos de cortes y de raspones los brazos y las piernas. Una vez se precipitó desde mucha altura y se partió una costilla. No obstante, siempre lo vuelve a intentar. Libre como el Viento no tiene remedio: hace siempre lo indebido, con una naturalidad pasmosa, por la simple razón de que para él nunca lo es.

Por eso, y también por otras cuestiones, desde niño le enseñaron que la ciudad no era para él. Y como su familia y sus amigos creen indistintamente que la ciudad no les hace falta, qué se puede hacer. Es más, como desde el otro lado las creencias resultan similares, en vez de alzarse un sólo muro, en esta historia se alzan dos. Sin embargo, lo que experimenta Libre como el Viento en verdad es una atracción irresistible por la ciudad; todos sus deseos convergen hacia allí. De este modo, cuando sueña, vuela por encima del muro, arrebatándose con la belleza de los palacios y las iglesias, con el río que serpentea, con los parques que respiran, con la luz dilatándose sobre las fachadas blancas, y el sonido refractario de las calles, casi como un destello elemental. Y sucede que al despertar no se olvida. Libre como el Viento sueña, sí, aunque todos se burlan de él.

En las noches, al abrigo de las candelas y las estrellas, su clan se reúne. Los más viejos cuentan historias antiguas que detallan una vida nómada e insurrecta que renunciaba a la riqueza y al confort para preservar la libertad. Libre como el Viento escucha estas historias prestando mucha atención, preguntándose constantemente qué fue de aquella vida, y por qué siguen siendo tan pobres los suyos si ya renunciaron a la libertad para vivir en el barrio. Cuántas veces habrá podido preguntar Libre como el Viento en voz alta sobre estas cuestiones, aunque nadie se preste a responderle. Las ascuas de la candela se apagan después de los últimos cantes y bailes al amanecer, pero los pensamientos de Libre como el Viento nunca se convierten en ceniza.

Es por eso por lo que Libre como el Viento es tan feliz. Las gentes del barrio y su familia son ufanas y desprendidas, la vida sencilla y el ambiente habitualmente alegre. Libre como el Viento calcula que si los suyos son dichosos, cómo habrán de serlo entonces todas esas personas que viven en la ciudad, que tienen tantas cosas a su alcance. Sus ganas de conocer y descubrir crecen cada día. Está absolutamente decidido; y encima se le acaba de ocurrir un nuevo plan.

Libre como el Viento se desliza en la intención. Coge una pala de su padre y comienza a hacer un agujero en la base del muro, a escondidas de los suyos, pues sabe que le detendrían de inmediato. El agujero se va agrandando y haciendo más profundo con las horas. Toda la noche y el día siguiente Libre como el Viento escarba y saca la tierra afuera, que tiene el color de los diferentes estratos. El agujero se ha convertido ya en un túnel con forma de sonrisa que pasa por debajo de los cimientos del muro, horadando su encía, y que empieza a ascender a continuación.

Cuando Libre como el Viento alcanza el otro lado y contempla los edificios de la ciudad, siente que su corazón se agranda, pues bombea por todo su cuerpo la auténtica libertad: la libertad de acción. Sus ojos reconocen aquellas formas y siluetas de sus sueños, y encuentra otras desconocidas que son las que más le gustan. Y aunque el túnel se derrumba tras él, haciendo un ruido sordo y doliente, no deja que el miedo le domine. Apretando sus pasos, Libre como el Viento marcha hasta perderse por las calles de la ciudad.

Su mirada colecciona sin descanso, y se maravilla con cada detalle: las fuentes, las fachadas esculpidas, los árboles en las veredas, los jardines y las flores, las puertas enormes, el empedrado del suelo, las torres inmensas, las tiendas inverosímiles. Pero sobre todo la gente, diversa y numerosa. Todo el mundo se mueve y trabaja en algo; conformando una prosperidad extendida. Libre como el Viento no cesa en su inventario, y pronto se da cuenta de un hecho inesperado. La gente de la ciudad apenas se relaciona. Permanecen dentro de una especie de burbuja invisible y redonda que les impide interactuar, aunque de cuando en cuando escapan de su propia conjetura para juntarse. Esto le resulta a Libre como el Viento desconcertante. Tanto es así que aún no ha podido hablar con nadie.

Todo un día con su noche ha pasado Libre como el Viento en la ciudad, la cual lentamente se marchita ante sus ojos. Las maravillas y las oportunidades que en un principio le parecieron tan extraordinarias, son insuficientes ahora, y la soledad se cierne sobre él como una gran nube. Libre como el Viento se acurruca en un rincón de una plaza, pensando en los suyos, mientras la gente desfila a su lado apresurada, sin reparar en él. Está distinguiendo los estragos de la libertad por primera vez, porque como es sabido, la libertad si no se comparte se arruga.

Intuitivamente, sin conocer los motivos, ni siquiera calibrarlos, Libre como el Viento quiere traerse consigo a los suyos, para que le acompañen, y es por ello que se levanta confiado, observa cuanto le rodea, establece una ecuación sin incógnitas ni pretensiones, y se pone a cantar y a bailar, como cuando se juntan en el barrio por las noches alrededor de la candela.

Lo que ocurre después vuelve a decepcionarle y no. Digamos que Libre como el Viento consigue detener a un número considerable de personas, que le escuchan unos segundos sonriendo, olvidando su redondez. Algunos incluso le tiran monedas, aunque tras un breve lapso temporal se van por donde han venido y todo vuelve a ensombrecerse. Sin embargo una chispa se enciende y le voltea. Y es que una joven extraña, sin burbuja adherida y acompañada de un perro negro, se acerca a donde está y, después de preguntar a Libre como el Viento su nombre e interesarse por su estado, le ofrece alojamiento y compañía. Libre como el Viento se siente afortunado. Es la primera amiga que tiene en la ciudad.

En la casa de la joven extraña viven otras personas semejantes. Una maraña de libros y plantas, de esculturas y cacharros pueblan sus estancias y rincones, toda llena de colchones por el suelo y de telas por las paredes. Libre como el Viento se siente uno más entre ellos, pues todos se interesan por él, despertando al mismo tiempo su inclinación. El perro negro le lame las manos; y mientras, la joven extraña explica a sus amigos que Libre como el Viento se ha escapado de su barrio para ser libre.

La sorpresa de Libre como el Viento es fabulosa, cuando los amigos y amigas de la joven extraña se empiezan a reír, no de lo que explica la joven extraña, sino lo que fluye por debajo, esto es, del verdadero alcance de su historia. Es así que de inmediato, con frases más o menos accesibles y nítidas, el grupo de amigos le devuelven sin filtros a Libre como el Viento que si su intención fue venir a la ciudad para ser más libre resulta sin duda un error, pues quienes viven en la ciudad son menos libres que cualquiera, y se lo aseguran por propia convicción y deferencia.

Cabe decir que las apreciaciones expuestas por los amigos y amigas de la joven extraña, a las que habría que añadir las que la misma sitúa justo después como colorario, chocan con el sentido que Libre como el Viento ha dado siempre a su vida y a sus sueños, y por eso más que nunca, entre sus impresiones y las reflexiones de sus nuevos amigos, se siente como extraviado, cercado por un mar de conjeturas e interrogantes.

Pasa la noche y llega el día, y Libre como el Viento no ha podido dormir ni soñar como quisiera. El perro negro le mira hecho una rosca en un rincón en tanto la joven extraña escribe en una libreta verde y gastada, concentrada, con el ceño fruncido, aunque cuando alza los ojos hacia Libre como el Viento sonrío, como si habitara al mismo tiempo en dos dimensiones separadas y sentidas por igual. Cuando termina, la joven extraña va a sentarse junto a Libre como el Viento y le enseña lo que ha escrito en su libreta verde. Es una canción. La acaba de escribir para él.

Sobre lo que dice la canción que la joven extraña ha escrito a Libre como el Viento hablaremos luego. Ahora caminemos con ellos por las calles de la ciudad, sorteando burbujas humanas presas de sus agendas y quehaceres, perros y niños amarrados a su sombra, y montones de señales de prohibido. Libre como el Viento admira la habilidad de la joven extraña para evitar cada ángulo y arista en su trayectoria. Él se va chocando contra todo, aunque después de estudiar con atención su técnica infalible, comienza a entrever el sentido, y ambos se deslizan por la corriente como dos barquitos de vela. El perro negro corretea a su alrededor buscando restos y rastros. Libre como el Viento se siente muy libre, aunque ella le lleve de su mano.

Llegan así a un lugar insólito, una casa enorme henchida de pancartas y grafitis que a Libre como el Viento le parece un gran palacio. En su interior muchas personas se afanan en distintas tareas, individuales o colectivas. Unas modelan esculturas, otras urden músicas, hay quienes cocinan o tejen, y quienes preparan cestas de verduras y hortalizas; también quienes fabrican un periódico, o una tormenta, y todos y todas comparten su conocimiento con los demás. El movimiento resulta incesante. La joven extraña habla con todas las personas que puede, a veces como si estuviera enfadada, otras como si quisiera persuadirlas, incluso con lágrimas en los ojos. Libre como el Viento contempla tanto prodigio y una alegría súbita se

aferra en su conciencia. Estas personas no tienen burbuja, y le recuerdan de algún modo a su propia familia. De pronto, dejando sus trabajos a un lado, forman un círculo en mitad del patio. La voz de la joven extraña surge entre todas y muchas manos se levantan.

Las redes y canales invisibles se expanden por el aire en un suspiro, y en apenas unas horas se concentran alrededor de la casa cientos de prójimos anónimos dispuestos a desencadenar la utopía. Juntos se dirigen por las calles y las avenidas de la ciudad, coreando consignas y canciones, invitando a cuantos habitantes encuentran a unirse a la movilización. Ahora el muro se presenta ante todos como un inmenso desafío. Y es que las autoridades lo custodian. Un cordón de seguridad rodea y ciñe el escenario, aunque la marcha lo rompe con su empuje. Libre como el Viento señala el punto dónde se derrumbó su túnel, y decenas de manos se ponen a despejar el acceso.

Una mecha se enciende y todos se apartan expectantes. La explosión hace oscilar la brisa y los colores del atardecer. El muro se tambalea y finalmente se desmorona levantando una cortina de polvo y escombros. La gente aplaude y lo celebra. Libre como el Viento, la joven extraña y el perro negro no esperan y pasan al otro lado. Tras los abrazos y los besos que la familia de Libre como el Viento les prodiga y las aclaraciones necesarias, los vecinos del barrio y de la ciudad se reúnen por primera vez. Una candela extraordinaria concilia todas aquellas conciencias esclarecidas, concibiéndose como iguales y hermanadas, y mientras el muro continúa cayendo bajo el compás de las explosiones, Libre como el Viento canta la canción que la joven extraña escribió para él.

Tu corazón vuela por encima del prejuicio
y con él todas las ilusiones en una
porque supiste reconocer en el rostro de la luna
lo que tantas veces formuló el erudito

hay un saber prisionero en la memoria
y una luz que se retuerce en su encierro
viven juntos esperando en nuestros sueños
que algún día se voltee la historia

no te sientas sólo, hermano
pues la libertad a ambos lados del muro resiste
y aunque para algunos resulte letal e inadmisibile
recuerda que la llevamos prendida en nuestras manos.

Este cuento nació y se desarrolló a partir de varias intervenciones individuales tramadas junto con alum@s del IES Domínguez Ortíz de Polígono Sur, con el trazo fundamental de algunos vecinos y vecinas del barrio, y la aportación de algunos@s colegas y compañer@s entusiastas, convirtiéndose por un lado en una herramienta valiosa para trabajar lectoescritura, comprensión lectora, reconocimiento y expresión de emociones, atención y concentración, empatía, valores prosociales (por encima de todo la alegría momentánea, la espontaneidad, y ese elemento mágico tantas veces olvidado de la contextualización y los símbolos subyacentes, no sólo de los y las alumnas, sino de l@s profesionales), y por otro lado como herramienta de evaluación en la que se confirma, y no sorpresivamente, que con un poco de motivación y buena onda dich@s alumn@s, etiquetad@s y señalad@s, tienen un potencial mucho mayor del que se les atribuye.

Por ello, si este cuento guarda algún tipo de moraleja, es esta.

OTRO MATERIAL QUE OS PROPONEMOS Y QUE ESTÁ RELACIONADO DE ALGÚN MODO CON NUESTRO PROYECTO O NUESTRAS EXPERIENCIAS EN EL BARRIO

- *En el siguiente blog ESCUELA DE OPTIMISMO (teclear en google junto a lo anterior fernandocolorines), encontrareis un libro de poemas que se llama: **Poemas en riesgo de exclusión**. Quizá os ayude a escarbar un poco en las diferentes emociones y voces del barrio.*

También os dejamos nuestros contactos y correos por si os podemos ayudar en algo:

Móvil de Antena de Riesgos: 658770942

mbaena@fundacionatenea.org

jcaballero@fundacionatenea.org